

(*Christus medium*) **OMNIUM TENENS, n. 7**  
SAN BUENAVENTURA, *Collationes in Hexaëmeron I*, 10

## ***Recuperar el sentido de la palabra***

Prot. n. 169/2008

Queridos hermanos:

«Y dondequiera que encuentre en lugares indebidos los santísimos nombres del Señor y sus palabras escritas, quiero recogerlos, y ruego que se recojan y se coloquen en lugar decoroso. Debemos también honrar y venerar a todos los teólogos y a los que nos administran las santísimas palabras divinas, como a quienes nos administran espíritu y vida» (*Testamento de S. Francisco*, 12-13).

Una institución académica, como nuestro Seraphicum, nace del deseo de dar forma y expresar –con las *palabras*– ideas, pensamientos, conceptos; el deseo de escrutar la verdad y compartirla con los demás. Todo gira alrededor de la *palabra*: de ella se alimenta y la transmite; palabras escritas u orales; palabras que transmiten el patrimonio del pasado, franciscano y eclesial, y sugieren cómo vivirlo mejor en un contexto nuevo, multicultural e internacional. Usando continuamente la palabra, se corre el peligro de olvidar la importancia y el peso de la misma.

Vivimos en la época de la comunicación. Los medios que transmiten la información se sitúan cada vez más en el centro de la vida y, en cierto modo, la regulan. Comunicar significa necesariamente usar palabras, tanto en la comunicación ordinaria, en las relaciones interpersonales cotidianas, como en los grandes discursos públicos, las clases o los medios de comunicación. La palabra es absolutamente necesaria. Ésta posee, sobre todo, una dimensión antropológica: la mente crea y configura ideas, pensamientos, conceptos, sentimientos; la palabra los pone en movimiento, les da una vida –podríamos decir– independiente, autónoma. La idea expresada a través de la palabra adquiere una autonomía y, con su movimiento, genera a su vez nuevas ideas y pensamientos. Así, la palabra se convierte en vehículo de las ideas, que encuentran en ella una voz para difundirse. Los resultados de este proceso son materiales, tangibles.

Ésa es, pues, la fuerza de la palabra y, por tanto, la importancia de la comunicación. La palabra que comunica tiene poder creativo, puede crear opiniones, influenciarlas en un sentido u otro. La filosofía contemporánea ha descubierto su importancia y ha creado una ciencia específica dedicada al análisis de la palabra: la *hermenéutica*. Con este término se indica el arte de interpretar lo que ha escrito un autor, el conjunto de los métodos que se han de aplicar para comprender un texto. Se trata también de la tarea a la que se dedicó Jesús: «Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, *les explicó* lo que se refería a él en toda la Escritura» (*Lc 24,27*). San Pablo se remite a lo mismo: «Procura cuidadosamente presentarte ante Dios como hombre probado, como obrero que no tiene por qué avergonzarse, como *fiel distribuidor* de la palabra de la verdad» (*2Tim 2,15*).

Al aplicar los principios de la hermenéutica, el objetivo es “*distribuir fielmente la palabra de la verdad*” (*2Tim 2,15*), tratando diligentemente de discernir el significado original del texto y la importancia del mismo.

Por tanto, hemos de ser conscientes de que la palabra puede iluminar o confundir, ayudar o dañar, construir o destruir. Las relaciones humanas, la calidad e intensidad de las mismas, son fruto de la comunicación, que se sirve fundamentalmente de palabras. El lenguaje que utilizan los medios

de comunicación y el mundo actual usa a menudo palabras cargadas de alusiones, tonos y matices cuya finalidad casi exclusiva es estimular la sensibilidad más burda y las pasiones más desordenadas y gratificar el *ego* personal y material. Se trata de ese hablar que se convierte en un fin en sí mismo. Esto humilla el valor trascendente de la palabra.

Son necesarias palabras que nazcan de lo más hondo, de la reflexión atenta y crítica a la luz de la Verdad, palabras iluminadoras, con un valor positivo, que construyan la ciencia y vehiculen verdades objetivas. Los seres humanos no pueden construir una comunidad o vivir en grupo sin comunicarse unos con otros mediante la palabra. Sin comunicación verbal, de hecho, no puede nacer ni vivir la comunidad y no puede haber verdadero intercambio entre una persona y otra. El contacto interpersonal, que constituye la base de la comunidad, nace primero en la mente del individuo, pero si no se concreta en gestos, miradas y –sobre todo– palabras, no florece la comunión. Ésta es una realidad espiritual, pero pasa a través de realidades humanas, sobre todo a través del intercambio de contenidos concretos.

Ésta fue también la experiencia de Francisco de Asís: el encuentro con la Palabra por excelencia (Jesucristo y su Evangelio) reunió y reguló la comunidad. El encuentro con los hermanos que el Señor le dio halló su sentido último en la Palabra del Señor y en las palabras que nacieron de ella. Y así sigue siendo hoy. El sentido último de nuestra vida franciscana está en el encuentro con la *Palabra* de Dios, y se expresa en el uso adecuado y coherente de las palabras entre nosotros, palabras que han de ser luz, vida, que han de construir y hacer crecer la comunidad, palabras verdaderas en definitiva.

Si la palabra y su poder creativo son muy importantes, la capacidad de *escucha* no lo es menos. A la luz de la palabra la escucha adquiere todo su significado, riqueza y densidad interior. Escuchar significa abrirse al otro y acogerlo, hacerle sitio para que pueda revelarse a través de sus palabras. Escuchar requiere, además, saber *callar*, “descentrarse” en el otro y servir al otro. Se trata de un arte difícil, pero indispensable para que las palabras no caigan en el vacío, sino que encuentren un terreno humano para poder germinar y dar fruto. No se escucha sólo con los oídos, sino también –y sobre todo– con el corazón, la mente, el rostro, la mirada, todo el cuerpo. La comunicación auténtica depende mucho de la capacidad de escucha. La comunidad necesita palabras para nacer y escucha para crecer. Así madura la realidad de la relación, dimensión vital de la comunidad y, al mismo tiempo, frágil. La comunidad vive cuando se nutre de la secuencia *palabra-escucha-acogida* y entra en crisis cuando falta uno de esos elementos.

En una época como la nuestra, que ofrece un fácil acceso a los medios de difusión de la palabra, es necesario comprender la importancia de la misma, del cómo y cuánto hablar; hay que saber lo que la palabra –con su contenido, el tono con que se pronuncia, las ideas y los sentimientos que vehicula– puede originar y lo que sucede cuando se habla. Y aquí volvemos de nuevo a nuestra *Alma Mater*. La palabra se compromete a estudiar la verdad, para saber hablar adecuadamente de ella, comunicarla a los demás y crear así una comunión cada vez más profunda, viva y amplia, construyendo una fraternidad que se reúne alrededor de la *Palabra*.

Un saludo fraterno en Cristo.

P. Zdzisław J. Kijas, OFMConv  
*Presidente de la Facultad*

Roma, domingo de la Santísima Trinidad 2008